

UN RECUERDO DEL QUERIDO AMIGO

F. Antonio LOZANO GRACIA

Conocí al maestro Jorge Carpizo por su prestigio cuando inicié los estudios en la Facultad de Derecho de la UNAM, en Ciudad Universitaria, luego lo conocería en persona y, por supuesto, me inscribí en su cátedra de derecho constitucional, en la que me impresionó su erudición y sabiduría, además de su rigor y exigencia a los alumnos; posteriormente tendría oportunidad de tratarlo como el primer presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos, que inauguraba una nueva etapa en la vida institucional de México, poniendo al frente de esa novísima institución a uno de los más conspicuos juristas del país, que gozaba además de gran autoridad académica y moral, por lo que su designación fue aplaudida por todos. También tuve ocasión de tratarlo en su carácter de procurador general de la República, cargo que ocupó durante 1993, para posteriormente ser nombrado secretario de Gobernación, puesto que desempeñó durante 1994, periodo en el cual el país estaba en un grave riesgo, pues como se recordará, se inició precisamente con el levantamiento en Chiapas del Ejército Zapatista de Liberación Nacional el mismo día primero de enero; luego vendrían dos asesinatos políticos que sacudieron al país; se estaba protagonizando el segundo capítulo de la lucha electoral que había iniciado en 1988, con aquella famosa acusación de la caída del sistema y la ilegitimidad de origen en la elección del presidente de la República, por lo cual se esperaban graves inconformidades, e incluso se habían proferido amenazas explícitas, que en esa ocasión no se permitiría el fraude, y alguno de los actores del proceso afirmaba que iría hasta las últimas consecuencias; la economía del país estaba frágil, y se advertía la necesidad de devaluar el peso para darle un nuevo impulso; en fin, era un año plagado de riesgos para el país; por todo lo anterior, resultaba inconveniente que continuara al frente de la Secretaría de Gobernación un reconocido priísta como lo era el licenciado Patrocinio González Blanco Garrido, quien había sido cuestionado como gobernador del estado de Chiapas; por ello, la respuesta del presidente de la República al nombrar como secretario de Gobernación a un personaje con gran autoridad moral, como era exactamente el caso del

doctor Carpizo, quien además tenía excelentes relaciones con miembros distinguidos de todos los partidos políticos, lo hizo un nombramiento excelente, como se comprobaría durante toda su gestión y con los resultados que logró entregar, mismos que no estuvieron exentos de vicisitudes, como se comentará adelante.

El diez de enero de 1994 Jorge Carpizo fue nombrado secretario de Gobernación. Jorge venía de ocupar cuatro de los cargos más importantes del país: el trigésimo octavo rector de la Universidad Nacional Autónoma de México (1985-1989); ministro numerario de la Suprema Corte de Justicia de la Nación (1989-1990); primer presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (1990-1993), y procurador general de la República (1993). En cada uno de esos puestos había dejado una huella indeleble por su preclara inteligencia y acendrado patriotismo.

Como secretario de Gobernación entonces, le tocaba conducir el proceso electoral de 1994 desde dos ámbitos de la competencia de la Secretaría de Gobernación: el propio de una secretaría encargada de la política interior y desde la presidencia del Consejo General del Instituto Federal Electoral.

Desde el inicio de su gestión se pronosticaba tormenta, motivo por el cual el señor secretario de Gobernación, doctor Jorge Carpizo, hizo los planteamientos que proponía a todos los partidos políticos y a la sociedad en su conjunto para que la República transitara por tan importante y riesgoso proceso; adicionalmente, convocó a un ejercicio de análisis y reformas entre las tres fuerzas políticas más importantes del país: el PAN, el PRI y el PRD, que se conocerían posteriormente como la Mesa de Barcelona, en la que nos sentábamos ocho personas, que éramos: por la Secretaría de Gobernación, el señor secretario, doctor Jorge Carpizo y la subsecretaria, Beatriz Paredes, aunque a la primera sesión compareció el subsecretario Mario Ruiz Massieu; por el PRI asistieron en principio Fernando Ortiz Arana y Santiago Oñate Laborde, y posteriormente José Francisco Ruiz Massieu y Humberto Lira Mora; por el PAN, su presidente, Carlos Castillo Peraza, y el que esto escribe, Antonio Lozano Gracia; y por el PRD, su presidente, Porfirio Muñoz Ledo y Ricardo Valero Recio Becerra. Ocasionalmente acudían para algún apoyo Felipe Calderón Hinojosa, secretario general del PAN; Jorge Alcocer Villanueva, asesor de la Secretaría; Alejandro Montaña Martínez, director de RTC; Ricardo García Cervantes, panista que había implementado la credencial para votar con fotografía en Baja California; Leonel Godoy Rangel, asesor jurídico del PRD; Margarita Zavala Gómez del Campo, asesora jurídica del PAN, entre otros.

Las sesiones que llevábamos a cabo eran exhaustivas y se prolongaban por largas jornadas. Cada uno de los temas que estaban en el ánimo nacional o que constituían reclamos partidistas se analizaron con todo cuidado bajo la coordinación y conducción del doctor Carpizo. No fueron pocas las veces en que, ante un punto aparentemente irresoluble, la opinión de Jorge pesaba en todos nosotros y se resolvía en el sentido que él proponía.

Los avances en la Mesa de Barcelona habían sido sustanciales, aunque Jorge tenía buen cuidado de no mencionar los problemas que estaba enfrentando dentro del sistema político oficial; no fue sino hasta la ahora famosa jornada del 24 de junio de 1994 cuando quedaron al descubierto los obstáculos que el partido-gobierno le había puesto en el camino para regatear los avances o evitar la pérdida de las ventajas de las que tradicionalmente gozaba. Supimos que quince días antes le había presentado su renuncia como secretario de Gobernación personalmente al presidente de la República. En esa ocasión el doctor Carpizo le refirió al presidente de todos los bloqueos de los que eran objeto los acuerdos políticos que había logrado, por lo que el Ejecutivo Federal le dio la certeza de que dichos bloqueos desaparecerían definitivamente, razón por la cual Jorge aceptó retirar su renuncia, no sin antes mencionar que si los bloqueos continuaban iban a afectar su calidad moral, que era el elemento por el cual había logrado llevar a buen puerto todo ese proceso de reformas y acuerdos electorales, y por tanto, si esto no se resolvía, ya no renunciaría ante el señor presidente, sino lo haría ante los medios de comunicación, lo que efectivamente ocurrió, como todos sabemos.

En su mensaje de renuncia, el señor secretario de Gobernación, doctor Jorge Carpizo, expresó que estaba indignado y desilusionado, porque a pesar de haber asumido el cargo con el carácter de apartidista y comprometido a ser imparcial en su relación con todos los partidos políticos, manifestó que estaba empezando a no serlo con alguno de ellos, debido a que no estaba de acuerdo con las múltiples actos de algunos de los sectores de aquel partido. Manifestó también que se retiraba porque un partido anteponía sus intereses a los de la nación. Renunciaba porque aunque había exhortado a la sociedad y al gobierno a regir todos los actos exclusivamente por la verdad, la respuesta habían sido más mentiras, más calumnias y más hipocresías; por ello, por dignidad y convicción, juzgó oportuno alejarse del cargo, que como responsable del manejo de la política interior tenía por ser secretario de Gobernación y adicionalmente, por la conducción del proceso electoral que le confería la función de presidente del Consejo General del IFE, por lo que su gestión sería ineficaz de continuar en esas condiciones.

La renuncia de Jorge Carpizo significó un cataclismo en la política nacional; todos los temores y amenazas que ese año electoral traía consigo podían materializarse en esos momentos de manera incrementada; la confianza en la política y en la economía del país se desplomaba estrepitosamente; grandes capitales salieron de México. Después de la renuncia de Jorge sobrevino un largo fin de semana lleno de temores y lúgubres especulaciones. El PRI, causante de la renuncia, publicó que lucharía por que Carpizo continuara en la Secretaría de Gobernación. Todos los demás partidos políticos y los sectores más amplios y diversos de la sociedad le rogaron que no se fuera. El propio presidente de la República no aceptó la renuncia e hizo todas las gestiones para que Jorge reconsiderara.

Finalmente, Jorge Carpizo retiró su renuncia, y el país respiró aliviado; el proceso electoral continuó, las elecciones se realizaron y su resultado fue aceptado por gran mayoría de la sociedad.

Solo alguien de la dimensión del doctor Jorge Carpizo pudo generar tal confianza a todo un país; solo alguien como él pudo haber tomado la decisión de renunciar ante el incumplimiento del sistema que pretendía usarlo, y solo alguien como él cambiaría su decisión, a pesar de todo, por el bienestar y futuro del país.

El capítulo narrado en los párrafos precedentes da cuenta de la dimensión y estatura de Jorge, quien fue como persona con su inconmensurable congruencia, capacidad y rectitud, el baluarte que llevó al país a buen puerto con las únicas armas de su patriotismo y convicción.

Lo acontecido durante 1994, como se ha dicho, representa un capítulo brillante en la trayectoria del doctor Carpizo; sin embargo, Jorge era mucho más que eso. Su simple presencia, sus declaraciones, sus conferencias, significaban una personalidad que se constituía en un referente en la vida política del país. Su partida prematura nos ha privado de alguien que nos hacía reflexionar y que, invariablemente marcaba rumbos y claves para transitar por los mejores caminos.

Por otra parte, si se hace cualquier comentario acerca de la vida o trayectoria del doctor Carpizo, no se puede olvidar su gran alegría por la vida, de cómo disfrutaba de la compañía de los amigos y de un buen vino, de su hospitalidad proverbial y de su buena mesa, siempre exquisita, aportada por Mari, de la narración de sus viajes, que mostraban su prodigiosa memoria; todo ello combinado con una vida austera y casi monacal. Por eso, cada encuentro con Jorge dejaba una vivencia impercedera, de la que siempre salía uno enriquecido.

Como querido y recordado maestro, como estudioso y autor de un sinnúmero de trabajos académicos, como funcionario público ejemplar, como

querido amigo, siempre dispuesto a escuchar y ayudar a quien se lo pidiera, y como un maravilloso ser humano, miembro de la casta de los seres que dignifican a la especie humana, siempre lo recordaremos y continuará siendo un ejemplo para quienes quieren seguir el camino de la superación y servir a la sociedad y a la patria.

Con agradecimiento por el privilegio de haber sido su amigo.